

Todo lo virtual es real

Estamos sólo en el comienzo de una revolución silenciosa que, sin embargo, es mucho más relevante que el descubrimiento de América o la Revolución Francesa. De hecho, ya hemos cambiado mucho más de lo que creemos, aunque aún no lo sepamos. Los ciudadanos han asaltado la información y la opinión, y no las van a soltar.

CARLOS G. REIGOSA

Tomo el planteamiento inicial de una reflexión de Román Gubern, catedrático de Comunicación Audiovisual de la Universidad Autónoma de Barcelona: “Desde hace algún tiempo, el ensordecedor griterío que se ha alzado en nuestro reñidero nacional parece haber alcanzado una dimensión patológica y difícilmente soportable. No reconozco, en los países de nuestro entorno, ningún caso que se parezca al que aquí padecemos, por muy sensacionalistas que sean los tabloides británicos o alemanes, o muy vocingleros ciertos programas audiovisuales italianos”¹. Creo que el autor explica con rigor y concisión una de las caras más llamativas y perversas de una parte –no de la totalidad– de nuestros medios de comunicación de masas.

Porque el periodismo de trinchera ha vuelto por sus fueros, trayendo consigo toda su sonora ristra de lacras.


Hay que empezar por reconocer que nuestro entorno mediático está cambiando a una velocidad tan difícil de imaginar como de asumir. Lo virtual devora lo real con la misma voracidad con que los últimos dinosaurios engulleron sus alimentos posteriores. Literalmente, lo real desaparece en el proceso informativo, es decir, es ingerido y rumiado por los digestores de los medios, que nos lo devuelven transformado y cargado de nuevos significados. Lo que nos llega ya no es la información pura, sino el arma arrojada en que ésta se ha convertido. La realidad empírica ha sido desplazada por la virtual que, paradójicamente, ejerce de nueva reali-

Carlos G. Reigosa es director de Publicaciones, Análisis y Estilo de la Agencia Efe.

●●● Todo lo virtual es real

dad y borra las huellas del ‘crimen perfecto’ que ha cometido, como bien describió Jean Baudrillard. La información queda así domeñada y sometida a los intereses de quienes la manipulan y virtualizan, alterando y desarticulando el proceso de comunicación social de masas que, como garante, representa el periodismo. El resultado es una realidad impostada que es percibida como más real que la verdadera. Una realidad virtual que dicta las agendas políticas –y también las económicas–, que entroniza la opinión –sobre todo la de los periodistas estrella– y que desbarata todo orden informativo normal –al condicionar y reformular la jerarquía o importancia de cada suceso–. El fraude se consuma con la complicidad de todos quienes se someten a estas reglas de juego (políticos, banqueros, sindicalistas, etc.) considerándolas normales o inevitables, en vez de denunciarlas y combatir las.

¿Estamos ante una deriva aniquiladora del propio periodismo? No. No exageremos. Ni siquiera estamos ante una exacerbación del amarillismo. Sólo asistimos al éxtasis ruidoso de unas vanidades forjadas en concepciones de la agitación y propaganda partidistas de antaño. Con una diferencia determinante: el beneficiario no es ahora un partido político sino la propia estrella mediática, que se retroalimenta cada día con su exposición ante las masas adictas. ¿Periodistas? Más correcto sería llamarles pre-



La opinión se adueñará de los propios titulares, reorientándolos y cargándolos con la intención deseada.

dicadores o vendedores de falsas ortodoxias que actualizan diariamente conforme a sus intereses. Para ellos, la información es sólo la materia prima (la excusa) con la que construir su discurso, cuya finalidad última es sustituir a la noticia originaria, borrando, de paso, la huella del ‘crimen’. De modo que la noticia originaria nunca es conocida en sus justos términos.

¿Suponen un gran riesgo para la sociedad? Sólo en la medida en que, lejos de contribuir a mejorarla, la emponzoñan y la tensan. Y no es este un daño menor, porque la afectada es justamente la realidad, que es suplantada por otra de su creación. En este

proceso está el verdadero peligro. Porque a la postre las realidades real y virtual son imposibles de distinguir y, para un ciudadano normal, tan susceptible de ser verdadera la una como la otra. En este sentido, los creadores de realidades virtuales se convierten en envenenadores del proceso informativo y consiguen crear confrontaciones o conflictos que no existen. ¿Tiene remedio la situación? Sólo en parte. Porque cada vez la realidad virtual será mayor y más real. Es el signo de los tiempos venideros. Ya nadie prescindirá de lo virtual y, en cierta medida, este será el mayor campo de batalla.

¿Qué ocurre entonces con la verdad? ¿Será imposible conocerla? No será fácil, porque se verá sistemáticamente sometida a deformaciones que la adecuen a los intereses de cada virtualizador. Sabremos inequívocamente el resultado de un partido de fútbol, conoceremos en directo unas declaraciones del presidente del Gobierno, veremos imágenes incontrovertibles de la violencia en Iraq o en Darfur, pero, a partir de ese momento, entraremos en el espacio interpretativo –de la opinión– que se adueñará de los propios titulares, reorientándolos y cargándolos con la intención deseada. Para saber de qué hablo bastaría con comparar sólo algunos titulares de los diarios *El País* y *El Mundo* sobre el juicio del 11-M. Ilustran un aparente diálogo de sordos que, sin embargo, es la constatación impecable

de unos espacios virtuales que sustituyen eficazmente a la realidad: ¡porque son reales! No se trata de saber quién se ajusta más a la verdad –sin duda uno más que otro–, sino de ver cómo cada uno construye sobre la realidad del juicio una realidad virtual aparentemente indiscutible. En este sentido, es más importante la coherencia argumental –presentada como inatacable por los ácidos– que la más o menos indecisa y difusa realidad de la que se informa. Porque la realidad real puede ser dudosa y estar plagada de sombras, pero la virtual se nos ofrece en general como un *puzzle* luminoso donde las piezas –incluidas las falsas, es decir, las inventadas– encajan a la perfección. La realidad virtual comparece así como más creíble por más completa. Y en todo su proceso informativo-interpretativo nunca deja de alimentarse de la realidad real, es decir, siempre sigue engulléndola glotonamente y sin cesar. En este sentido, hay que decir que la realidad virtual es parasitaria respecto de la real, y esto no cambia ni siquiera cuando el parásito –como una garrapata de crecimiento cancerígeno– acaba por tener mucho más cuerpo que su víctima. La relación entre lo real y lo virtual es así de estrecha y de permanente.

Algunos creerán que afirmar esto es entonar un canto jeremiaco sobre la profesión periodística. La verdad es que lo dicho significa todo lo contrario, como veremos. El periodismo ha

abandonado los tiempos de la escasez mediática –también de la escasez de intereses y de representaciones– y ha desembocado en una diversidad enormemente plural y democrática. Algún día descubriremos que la verdadera tiranía mediática se produjo cuando los medios eran pocos y no teníamos mucho entre qué elegir. Lo anticipó hace años el visionario Alvin Toffler al asegurar que, por su naturaleza, los medios de comunicación de la era industrial eran/son antidemocráticos y desafiaban (desafían) a la democracia, al ser ellos quienes dictaban (dictan) el calendario político³. Y ponía un ejemplo que vale la pena reproducir: cuando la televisión mostró en EEUU a los niños somalíes muriéndose de hambre, la opinión pública apoyó el envío de tropas para proteger los almacenes de víveres. Cuando la televisión mostró a un soldado estadounidense arrastrado por la multitud, esa misma opinión exigió la retirada de las tropas. En ambos casos, los políticos se vieron obligados a seguir a los medios de comunicación. Un ejemplo más próximo lo tenemos en la actual guerra de Iraq. Cuando el presidente Bush logró que se identificase a Sadam Husein (y sus inexistentes armas de destrucción masiva) con Adolf Hitler y Osama Bin Laden, la opinión pública estadounidense se volcó a su favor y los medios de comunicación apoyaron la invasión. Pero cuando empezaron a llegar signos inequívocos del desastre, la

La verdadera tiranía mediática se produjo cuando los medios eran pocos y no teníamos mucho entre qué elegir.

opinión pública cambió rápidamente y muchos medios de comunicación –entre ellos *The New York Times*– entonaron un sutil *mea culpa*, depurando responsabilidades informativas e imponiendo un nuevo calendario político. El presidente Bush, perplejo todavía, no ha comprendido a mediados de 2007 que la aceleración mediática lo arrollará, corra ya lo que corra. Su resistencia no hará más que engordar las filas de los demócratas, que se han apuntado a la nueva ola demoscópica y que están dispuestos a hacer lo que sea con tal de asegurarse el apoyo de esa opinión pública y mediática que antes sustentaba a Bush y ahora lo condena.

La admonición de Toffler, llevada al extremo, era inquietante: “Si tratamos de controlar los medios, acabamos con la democracia, pero si no lo hacemos, acabarán con ella los medios”. Así de contundente y pesimista era su juicio sobre la situación. Pero no debe olvidarse que se refería a los medios de la era industrial, que se definía por su prepotencia en la conformación de la realidad y por su clara tendencia monopolística. Algo que iba a cambiar con la llegada de la nueva sociedad –la de ‘la tercera ola’– y el desarrollo de una estructura de medios radicalmente distinta que permitirá la conexión en red y la interactividad. En esta nueva etapa –en la que estamos desde que internet es un instrumento al servicio de los ciudadanos– el discurso reduccionista y militante del monopolio empieza a agotarse. Las fuentes informativas y los medios de comunicación se multiplican. El periodismo digital está naciendo y no es difícil detectar sus diferencias respecto al tradicional. La red convierte en real el aserto virtual de que todo ciudadano puede ser un emisor y un receptor de información. Numerosas experiencias ya acreditadas en internet lo demuestran. Y estamos sólo en el comienzo de una revolución silenciosa que, sin embargo, es mucho más relevante que el descubrimiento de América o la Revolución Francesa. De hecho, ya hemos cambiado mucho más de lo que creemos, aunque aún no lo sepa-


mos. Con nuestra capacidad de asombro literalmente anestesiada, nos incorporamos, sin alharacas ni resistencias, a un enorme Nuevo Mundo cuya extensión se multiplica cada vez que nos acercamos a él. Pasaremos muchos años caminando hacia sus salvajes praderas del Oeste antes de que podamos tener una idea clara del suelo que pisamos y de todo lo nuevo que puede crecer en él.

De hecho, han crecido ya cosas muy novedosas en nuestro nuevo entorno. Se ha acelerado y pluralizado enormemente el intercambio informativo (y el no informativo) y se ha fragmentado –ampliado y redefinido– el poder. Los políticos ya no lo mandan todo, ni los banqueros, ni los patronos de los grandes medios de comunicación. El poder se ha repartido de tal manera que hoy casi todos tienen algo: lo tiene Greenpeace, lo tiene la CNN, lo tiene Médicos sin Fronteras, lo tiene Microsoft, lo tiene El Corte Inglés, lo tiene *El Mundo*, lo tiene la Cadena Ser... Lo tienen todos y no lo tiene nadie. Es el gran caos que preconizó Immanuel Wallerstein, director del Centro Fernand Braudel de Estudios Económicos, Sistemas Históricos y Civilizaciones (Universidad de Binghamton). Un caos que, según afirmó a finales de los ochenta, durará unos 30 años: “Después vendrá el orden, y es imposible prever su naturaleza”. Si le diésemos un valor temático a su afirmación, cabría decir que el nuevo orden mediático se

●●● Todo lo virtual es real

está anunciando y que, de algún modo, ya podemos prever su naturaleza digital y su espacio virtual.

El ruido mediático que hoy percibimos es el fruto de la dificultad para acomodarse al nuevo esquema de intereses y jerarquías. La información –y, en general, el conocimiento– ha dejado de ser privativo de unos pocos. La profundización de la democracia que se avecina desbarajusta el control monopolístico. Claude Riveline, uno de los fundadores de la Escuela de Gestión de París, resumió la situación actual con una frase feliz: “Mandar nunca da tiempo”. El analista Philippe Roqueplo reveló que un consejero técnico de un ministerio dedica entre 6 y 10 minutos a cada asunto. Y las empresas de sondeos ofrecen resultados demoscópicos minutos después de un discurso (o durante el mismo, de modo que el ponente puede reorientar su contenido antes del final). En esta realidad vivimos ya. Nuestros políticos corren de un lado a otro –de un medio de comunicación a otro–, en el desmesurado intento de que su voz se oiga en todas partes. Los empresarios, por la vía de la publicidad –pero también de la información–, intentan lo mismo. Y otro tanto se propone una editorial con un libro o un domador de leones con su espectáculo. Lo patológico del reñidero nacional –volviendo a la cita de Román Gubern con la que empecé esta reflexión– está en la exacerbación de lo descalificativo y en



El ruido mediático que hoy percibimos es el fruto de la dificultad para acomodarse al nuevo esquema de intereses y jerarquías.

la reducción del mensaje a un lema interesado. Se dice “la rendición del Estado” para desautorizar al presidente Zapatero, o “la ultraderecha nostálgica” para denostar al PP. Pero se evita cuidadosamente la argumentación que debería amparar esas afirmaciones. En realidad, casi todo el mundo sabe que esas acusaciones no se corresponden con la realidad. Ni Zapatero ha rendido el Estado ante los terroristas –aunque a algunos les molesten las concesiones que ha hecho–, ni el PP es la ultraderecha nostálgica –aunque en una manifestación convocada por él pueda aparecer algún símbolo preconstitucional–. Pero, ¿a quién le importa esta reali-

dad? Suponen que si “mandar nunca da tiempo”, tampoco habrá un tiempo para pensar. Así, los lemas descalificativos se lanzan a modo de obviedades incontrovertibles que no necesitan ser probadas. Su objetivo es precisamente el ruido mediático, y cuanto más, mejor. Sus administradores confunden crispación con movilización social, y crisan para movilizar, aunque a veces el tiro les salga por la culata. El resultado es una ‘tensión enorme’ que, si se profundiza en ella, es más virtual que real, pero que se produce en un mundo en el que lo virtual se va tragando a lo real. Por eso todos creemos que la crispación es un hecho cierto y tremebundo, aunque nosotros no estemos nada crispados ni detectemos esa crispación en nuestro entorno laboral o familiar.

El poder de lo virtual es tan enorme que a veces muchos ciudadanos confiesan vivir en esa crispación, aunque no tengan la menor relación con ella en su vida cotidiana. De hecho la percepción que tienen, a través de distintos medios de comunicación, es real porque ellos les dan más crédito a quienes los informan que a sí mismos. No es infrecuente oír fuera de la capital de España a alguien que condena “la crispación que hay en Madrid”. Y tampoco es infrecuente que el interlocutor de Madrid acepte esa afirmación, aunque contradiga toda su experiencia diaria. Porque la realidad es que en Madrid no hay más crispación que en Barcelona, Vallado-


lid o Sevilla. Pero el dictamen de lo virtual es que sí la hay, y son mayoría quienes lo dan por bueno.

Con estas consideraciones quiero hacer inteligible que una cosmovisión virtual, acreditada o no por hechos aislados, puede actuar en la realidad como un hecho cierto, y en la medida en que lo hace, existe como tal. La muchacha que chatea en internet con un joven feo y desdentado que dice parecerse a Brad Pitt acaba por creer y actuar como si estuviese en contacto con el que dice ser y no con el que es. ¿Cuál es más real para ella? La respuesta fácil es decir que se trata de un engaño –porque es un engaño–, pero ésta ya no es una explicación suficiente. Es un engaño que, por la mediación de internet, funciona como una verdad. Lo cual nos lleva a preguntarnos por la verdadera naturaleza de internet, es decir, por aquello que lo caracteriza de un modo más concluyente. Y la respuesta es otra vez la misma: lo caracteriza esencialmente la definición de un espacio virtual. Pero aquí no se agota todo, de ningún modo. Es necesario echar mano de un libro de 1964 de Herbert Marshall McLuhan, *Understanding media. Las extensiones del ser humano*,⁴ para vislumbrar las verdaderas claves de la nueva realidad. Fue este libro premonitorio el que introdujo en nuestro lenguaje los conceptos de ‘medios de comunicación’, ‘aldea global’ y ‘Edad de la Información’, hoy tan familiares y tan significativos, como bien nos

●●● Todo lo virtual es real

recordó Lewis H. Lapham en la introducción que, bajo el título ‘El ahora eterno’, escribió para la edición de 1994 del Massachusetts Institute of Technology (MIT). En ese texto de McLuhan están las argumentaciones de que “el medio es el mensaje”, de que “la luz eléctrica es información pura”, de que “somos como la pantalla de la televisión: llevamos a toda la humanidad como nuestra piel” y de que “nos estamos acercando a la fase final de las extensiones del hombre: la simulación tecnológica de la conciencia, por la cual los procesos creativos del conocimiento se extenderán, colectiva y corporativamente, al conjunto de la sociedad humana, de un modo muy parecido a como ya hemos extendido nuestros sentidos y nervios con los diversos medios de comunicación”⁵.

No deja de ser paradójico que en 1965, cuando nadie intuía la revolución de internet, casi todos aclamasen a McLuhan como “el pensador más importante desde Newton, Darwin, Freud, Einstein y Pavlov” (*The New York Herald Tribune*), mientras que en 1994, cuando internet era mucho más que una intuición, sus pedestres críticos habían conseguido minar su reputación e identificar sus teorías con otras fantasías psicodélicas de la década prodigiosa. Se interrumpió así una corriente de pensamiento cuya osadía y frescura se echa hoy enormemente en falta. No se trata de restituir el crédito a todas las propuestas



La teoría de “las extensiones del ser humano” de McLuhan nos permite hacernos una idea de las proporciones de la revolución en marcha.

de McLuhan, porque muchas de ellas descarrilaron a causa de la propia velocidad con que fueron concebidas. Pero hay un espíritu interpretativo visionario que conectaba con los nuevos tiempos y que en mala hora fue cercenado. Sin esa visión de los nuevos espacios tecnológicos de la comunicación de masas no es nada fácil explicar la invasión de lo virtual y su transubstanciación en lo real. La teoría de que “cambios así ocurren con la extensión del cuerpo en una nueva tecnología e invención sociales” no deben desdeñarse por el simple hecho –admitido por McLuhan– de que la discusión pueda ser mal entendida por su propia complejidad. Cuan-

do él afirma que “una extensión nueva produce un nuevo equilibrio entre todos los sentidos y facultades que conduce a una nueva ‘perspectiva’, como se dice ahora, a nuevas actitudes y preferencias en muchos campos”, sólo está advirtiéndonos de la enorme magnitud del cambio, para la que busca –y encuentra– una explicación tan discutible como se quiera. Lo importante no está en su acierto a la hora de elaborar una respuesta, sino en la profundidad del cambio que delata la pregunta que formula.

Aparte de la brillantez de su lenguaje sentencioso, hay algo verdaderamente sugestivo en el planteamiento general de McLuhan, y que está más allá de sus propios aciertos o errores. Me refiero a la idea –claramente expuesta– de que estamos ante un cambio incomparable en la historia de la humanidad. Tal vez el cambio más importante de los últimos milenios y el más portentoso de las civilizaciones conocidas. Y, frente a semejante tsunami conceptual, se atrevió a pensar. Y, después de ser aclamado primero y demolido después, resulta que sus preguntas siguen siendo válidas y muchas de sus respuestas han abierto brechas luminosas en el fortín cibernético. Veamos algunas de estas cuestiones.

¿Es internet el mensaje? Sí y no. Porque internet es un medio de medios que, más allá de su condición mediática, define un espacio virtual.

Para concebir nuestra relación con ese Nuevo Mundo deberíamos acudir a psicólogos, sociólogos, etc., porque la gran conmoción –individual y social– no ha hecho más que empezar. La teoría de “las extensiones del ser humano” de McLuhan nos permite hacernos una idea de las proporciones de la revolución en marcha. Nuestros sentidos crecen y se proyectan en ese espacio virtual, como diríamos siguiendo al autor de *Understanding media*. Pero también podríamos decir –sin apoyarnos para nada en sus teorías, aunque sí en su osadía– que lo que se produce es todo lo contrario: es decir, que nuestros sentidos y todo lo que somos es abducido por ese espacio extraterrestre que llamamos lo virtual y que –en pleno proceso de abducción– no distinguimos de lo real. Contradiríamos una afirmación esencial de McLuhan, pero no su espíritu, no su voluntad de atrevimiento. Porque él nunca fue capaz de llevar sus extensiones del ser humano más allá de lo real: de las palabras habladas o escritas, de las carreteras y los caminos, del papel, de la ropa, la vivienda, el coche o la televisión. Internet no estaba en su cabeza como una revolución de nuevo cuño, sino como una gran ampliación de las revoluciones precedentes. Cuando murió en 1980, a los 79 años, con su credibilidad muy debilitada, no había encontrado la pista de la virtualidad sin límites. Ignoro si aún creía en su teoría de las extensiones, pero desde lue-

go no percibía con nitidez la abducción que se avecinaba. De hecho, la mayor parte de los estudiosos –gurús de la cibernética incluidos– todavía no la perciben hoy. Porque un espacio sin límites no es fácil de conceptualizar, y aun más difícil es admitir que ese espacio es real. ¿No es nuestro mundo limitado? ¿No está todo sujeto a contabilidad? No en internet. No en el ciberespacio. No en la nueva realidad que está sustituyendo a la vieja.

Un periodista impecable, el polaco Ryszard Kapuscinski, nos advirtió con claridad de que “cada vez más historias virtuales ocupan el lugar del mundo real en nuestro imaginario”⁶. Y así es. Y muchas de ellas tienen, todavía, su origen en sutiles procesos de manipulación, que han convertido la censura en una antigualla (una manipulación hábil de la realidad puede hacerla simplemente innecesaria). Sin embargo, tampoco Kapuscinski ha sido capaz de detectar lo que ese mundo virtual tiene, a la vez, de inevitable y de liberador. Inevitable porque internet generará virtualidad a espuestas cósmicas, con nuestro permiso o sin él, y liberador porque en ella cabrán todos los manipuladores, pero también todos los denunciantes de los manipuladores, sin que el control de aquellos pueda jamás amordazar a estos. Son las nuevas reglas del juego.

La cuestión viene de lejos, aunque ahora hayamos llegado al éxtasis in-

Kapuscinski nos advirtió con claridad de que “cada vez más historias virtuales ocupan el lugar del mundo real en nuestro imaginario”.

formativo-virtual. En *El Quijote* (capítulo VIII de la 1ª parte), Sancho Panza le dice al hidalgo manchego: “Mire vuesa merced que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino”. El Quijote le responde: “Bien parece que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio en que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla”. Sancho encarna la visión de lo real, mientras que El Quijote se aferra a lo virtual. Sin embargo, cuando, al final de la

2ª parte, asistimos a la muerte del ingenioso caballero, que ha recuperado la razón, es Sancho Panza quien le ruega que no se muera, que vuelva con él al campo –donde tal vez hallarán a la señora doña Dulcinea desencantada– y que, de sus derrotas, diga que fue derribado porque el escudero cinchó mal a Rocinante... ¡Sancho necesita el mundo virtual de El Quijote! Ya no es capaz de resignarse a su terrón natal, sin horizonte ni grandeza. El escudero se ha quijotizado. Y esto mismo nos está pasando a todos en la actualidad: inuestra realidad se está virtualizando! Y nuestros sueños abrevan y se reconfiguran cada vez más en lo virtual. Porque, insisto, lo virtual es también parte –y cada vez en mayor medida– de nuestra realidad.

Un escritor de hoy apalabra la presentación de su última novela en Oviedo, en un acto público que se celebrará a las 19:00 horas. En torno a esa previsión se mueven los distintos medios de comunicación. El escritor es entrevistado, con tal motivo, por *La Voz de Asturias* (día anterior), la Agencia Efe (12:00 horas), Onda Cero (13:00), *El Comercio* (13:30), TVE (14:00) y RNE (17:00). Cuando llega la hora del acto, en un centro comercial de las afueras de la ciudad, el escritor y los organizadores comprueban sorprendidos que no hay público. El acto se suspende, es decir, no llega a realizarse. Pero ya no importa, porque todo el día, siendo virtual, ha funciona-


do como real, y nadie da cuenta al día siguiente de que no existió. Lo real y lo virtual han cumplido, pues, el mismo efecto mediático. Y la editorial, pese al fiasco postrero, está muy satisfecha con la difusión alcanzada. El acto de presentación era el pretexto, como tal, era indispensable. Pero no era indispensable que se celebrase, sólo lo era que se convocase. Es un ejemplo mínimo de cómo se diluyen los límites entre lo real y lo virtual y lo difícil que es establecerlos. A veces, como se ha visto, depende incluso de la hora del día en que se haga la referencia.

El Alonso Quijano que, a finales del siglo XVI, se aburría mortalmente en un poblachón manchego y decidió (consciente y deliberadamente, según Gonzalo Torrente Ballester) hacer lo que fuere menester para ser reconocido como caballero andante, no pertenece a una estirpe diferente a la de quienes intentan ser reconocidos como lo que no son en el mundo virtual de internet. En esta línea cabe hablar de experiencias como Second Life (SL) –Segunda Vida–, que ofrece un mundo virtual 3D mediante un programa que facilita a los usuarios herramientas para modificar el entorno y operar en su economía virtual (que actúa a su vez en un mercado real). Second Life ofrece la oportunidad de reinventarse a uno mismo y, para ello, requiere la creación de una figura virtual o avatar⁷.

Dicho todo lo anterior, retorno a

la inquietud de partida, enunciada por Roman Gubern, sobre “el ensordecedor griterío que se ha alzado en nuestro reñidero nacional” y su posible “dimensión patológica”. No es una cuestión baladí, pero tampoco es algo muy preocupante si se considera la correlación de medios de comunicación en que se dirime la gresca. La propia Federación de Asociaciones de la Prensa de España (FAPE) ha manifestado públicamente su “gran preocupación ante la confrontación de medios y crispación que domina hoy, en España, el debate político y que hace cada día más difícil el trabajo de los periodistas” y ha hecho “un llamamiento a la responsabilidad de los partidos políticos para que sean especialmente escrupulosos en la defensa del derecho fundamental a la libertad de expresión e información que ampara nuestra Constitución, y que es garantía de una sociedad plural y democrática”. Y tiene toda la razón –y cumple su misión– la FAPE al enunciar esta exigencia necesaria para gozar de una buena salud democrática.

Pero la realidad verdadera es que ya ni los partidos políticos ni los medios de comunicación controlan la situación. La multiplicación de los panes y los peces político-mediáticos es algo tan milagroso como se quiera, pero constituye una realidad verificable e incontrovertible. Tan incuestionable como que internet ya no se puede desinventar. Los ciudadanos han




El futuro será tan distinto del pasado como lo permita ese globo sin fronteras que es internet.

asaltado la información y la opinión, y no las van a soltar, como bien ha señalado el experto Juan Varela. La revolución que acompaña a la aparición de los medios sociales y del periodismo 3.0 (periodismo digital participativo) ha tomado la delantera y trae al estriquete a todos los medios tradicionales. La batalla será más o menos estruendosa –quizá más que menos–, pero no debemos orientarnos sólo por el ruido, si no queremos acabar mirando hacia el pasado convertidos en estatuas de sal. El ruido que padecemos es, en realidad, una mala y tardía herencia de la sociedad industrial. Pero todos quienes lo generan saben que la verdadera batalla

por la supervivencia está en su capacidad de adquirir parcelas en el mundo virtual y construir en ellas sólidas conexiones ciudadanas de periodismo social y participativo. El público sigue demandando noticias y opiniones, pero cada vez está menos dispuesto a pagar por ellas y más inclinado a participar en el intercambio informativo general en pie de igualdad con los demás ciudadanos. ¿Dónde queda el ruido mediático? A la postre, cada uno acabará por escuchar el que desee –y le divierta o movilice–, no el que le ofrezcan. El futuro será tan distinto del pasado como lo permita ese globo sin fronteras que es internet. Un mundo virtual en el que las parcelas no se encarecerán y cada uno podrá construir –o no construir– el chalé que más le guste. El exceso de decibelios, en este sentido, suena ya más a estertor de lo viejo que a realidad perdurable de lo nuevo. Sondeos como el de Sofres en Francia en 1993, que revelaban que el 60% de los en-

cuestados creían que los periodistas no eran independientes de los partidos políticos o del dinero, tienen que ser reformulados hoy sobre bases distintas y teniendo en cuenta otros agentes mediáticos⁸.

Sin embargo, la importancia de los media y de la información en general no ha hecho más que crecer. Alain Touraine, gran defensor de los medios en general y de la televisión en particular, se preguntaba en *Globe-Hebdo*⁹ si “en Bosnia la televisión no era más eficaz que la ONU”, en pleno conflicto de los Balcanes. Y tenía razón, porque, como él mismo argumentaba, “nosotros deseamos comprender mejor, recibir más explicaciones, pero antes es necesario ver”¹⁰. Pues bien: ver, y sentir, y opinar, y tomar partido... Eso es lo que viene. Porque una manzana real no tiene el mismo sabor que una virtual, pero esto no debe llevarnos a engaño: ¡la virtual también es real! Y no hay marcha atrás. 

1 *El País*, 5 de febrero de 2007.

2 Jean Baudrillard : *El crimen perfecto* (Anagrama, Barcelona, 1996).

3 Alvin Toffler: *La tercera ola* (Barcelona, Orbis, 1986). Ver también *El shock del futuro* y *El cambio del poder* (Plaza y Janés, Barcelona, 1980 y 1991, respectivamente).

4 Apareció en español, 32 años después, bajo el título *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano* (Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 1996).

5 O. c., pp. 25-42.

6 Ryszard Kapuscinski: *Los cinco sentidos del*

periodista (Ed. Asociación de la Prensa de Madrid, Madrid, 200r, p. 15).

7 *Second Life* es uno de los varios mundos virtuales inspirados en la novela de ciencia ficción *Snow Crash*, de Neal Stephenson, y el movimiento literario Cyberpunk. Entre sus competidores figuran: Active Worlds, There, Entropía Universe, Multiverse y la plataforma de código libre Metaverse.

8 Claude Guillemin: *Faut-il brûler les journalistes?* (Éditions Julliard, París, 1994. p. 11).

9 *Globe-Hebdo*, 4 de mayo de 1994.

10 Claude Guillemin: O. c., p. 280).